

Conexión francesa en el Río de la Plata

*Esta nación europea
dejó un artístico
legado en los azulejos
blancos y azules que
decoran numerosas
residencias e iglesias en
Uruguay y Argentina*

**Texto y fotografías
de Caleb Bach y
Giancarlo Puppo**







En la década de 1840 se enviaron embarques de 50.000 a 100.000 azulejos a diversos proveedores de Montevideo y Buenos Aires

En Montevideo, en la esquina de la Avenida del Libertador y la calle La Paz, casi a la sombra del Palacio Legislativo, se yergue una antigua casa que a pesar del deterioro y el descuido, brilla a la luz del sol. Su fachada está cubierta de azulejos azules, amarillos y blancos, importados hace un siglo de Francia, y los vecinos la llaman la Casa del Azulejo. Construida en el período de mayor prestigio del puerto de Montevideo a fines del siglo XIX, la casa, que fuera una residencia privada, constituye un ejemplo del estilo residencial que en una época era común en toda la capital uruguaya. Si bien en otras partes de la ciudad todavía subsisten edificios menos espectaculares adornados de azulejos parecidos, ésta se caracteriza por su abundancia de azulejos, que se combinan creando hermosos diseños. En una época el edificio fue la sede de una cooperativa agrícola, pero a pesar de su significación histórica, ha caído en decadencia, y los numerosos azulejos rotos evidencian el infructuoso esfuerzo de los ladrones que tratan de arrancarlos para venderlos a los negocios de antigüedades y los coleccionistas. Según el dueño de un negocio cercano, el edificio ha estado a la venta o en alquiler durante un largo tiempo, sin conseguir compradores o inquilinos.

Afortunadamente, gracias a la persistencia y la apreciación visionaria del arquitecto uruguayo Alejandro Artucio Urioste, la rica historia de los azulejos policromados del río de la Plata —con una poco conocida conexión francesa— ha salido a la luz.

Los azulejos policromados han formado parte de la arquitectura latinoamericana desde la época de la conquista española. La tradición de utilizar azulejos vidriados, originada en la antigüedad en Babilonia y Egipto, pasó a la península ibérica durante la ocupación árabe y luego se trasladó al

Caleb Bach ha sido profesor de español e historia del arte, y es asiduo colaborador de Américas. Giancarlo Puppo es un arquitecto cuyos trabajos sobre residencias son conocidos en toda América Latina. En 1987, Américas publicó un artículo sobre su trabajo en el número de septiembre-octubre (Vol. 39, no. 5).

Nuevo Mundo en el período colonial. En el río de la Plata, la mayor parte de los azulejos (el término deriva de la palabra árabe *az zulay*, que significa azul) del siglo XVII y XVIII provino de talleres de Cataluña y Valencia.

Pintados a mano y con decoraciones en verde, amarillo, naranja o azul con un fondo blanco, muestran floridos diseños que con frecuencia se combinan para formar dibujos más grandes. Cuando el Uruguay y la Argentina obtuvieron su independencia de España a principios del siglo XIX, el comercio con la madre patria se vio severamente limitado, y las nuevas repúblicas pasaron a obtener muchos productos en Francia.

Desde alrededor de 1840 y hasta 1900, millones de azulejos, provenientes en su mayoría de fábricas del departamento de Pas de Calais, terminaron en las ciudades portuarias de Montevideo y Buenos Aires. Destinados a adornar las cúpulas de las iglesias regionales y el interior y exterior de las residencias particulares en el Uruguay, la Argentina y el sur del Brasil, los azulejos azules y blancos confirieron un singular sabor a los edificios. Los residentes locales, en su mayor parte descendientes de españoles o italianos, construyeron edificios que en su forma y su diseño se asemejaban a los de sus países de origen. Pero como consecuencia de la «conexión francesa», estos edificios estuvieron decorados con colores y diseños sugestivos de la Picardía y Flandes.

Artucio ha pasado más de la mitad de su vida investigando la historia de estos azulejos franceses. A pesar de sus dificultades visuales (incluso con sus gruesos anteojos tiene que colocar los azulejos muy cerca de los ojos para identificar los diseños) este detective arquitectónico ha identificado tenazmente por lo menos dos mil diferentes azulejos de la región y ha escrito dos exhaustivos tratados sobre el tema.

También ha reunido pacientemente una colección de ejemplares locales, la mayor parte de los cuales hoy se encuentra en préstamo y exhibición en el nuevo Museo del Azulejo, que se inauguró en 1998 en el barrio de Pocitos de la capital uruguaya.

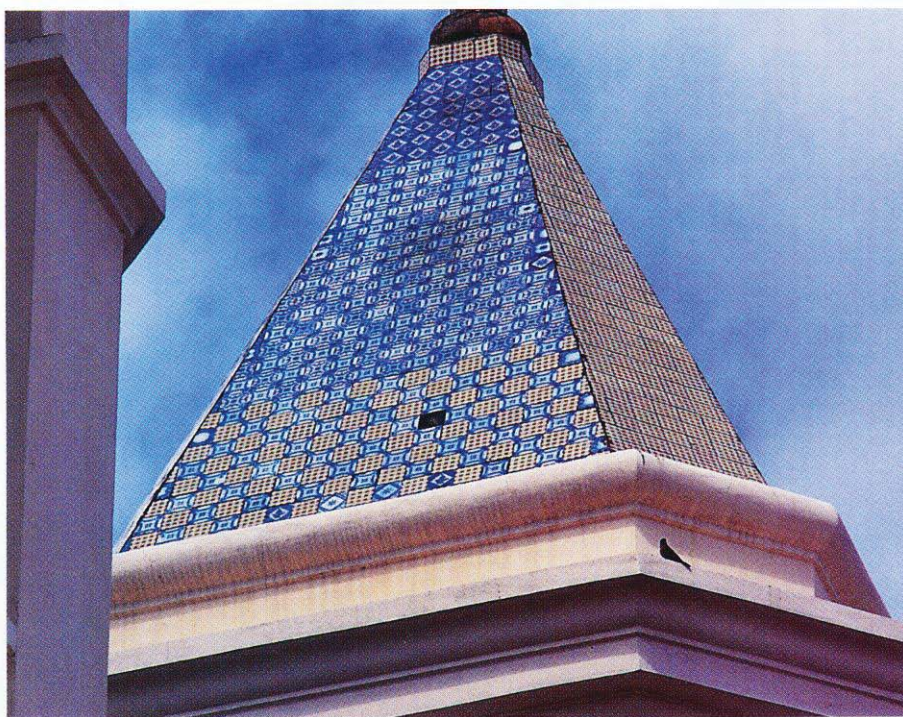
El museo, que fue creado por el actual alcalde de Montevideo, Mariano Arana (que también es arquitecto), cuenta con el apoyo de Metzén y Sena S.A., una empresa local que produce artículos de cerámica. El piso superior del edificio de fin del siglo pasado está dedicado enteramente a los azulejos franceses, la mayor parte de los cuales proviene de la región flamenca adyacente de Bélgica. La planta baja contiene antiguos azulejos locales e importados de España y Portugal y ejemplos de estilo art nouveau de distintas partes de Europa.

«Creo que la ruptura con España fue sólo uno de los factores que condujeron a la importación de azulejos franceses», dice Artucio mientras conduce una gira por el museo. «A principios del siglo XIX había una numerosa colonia francesa tanto en Buenos Aires como en Montevideo, y estos emigrados recientes estaban acostumbrados al tipo de azulejos de su país. También había un considerable comercio con Francia. Argentina y Uruguay exportaban carne, cueros, lana y granos a Francia, y para mantener el equilibrio de la balanza de pagos, los franceses exportaban productos manufacturados. Los azulejos eran fácilmente comercializables, y tenían la ventaja adicional de su peso, lo que los convertía en un material ideal para el lastre de los buques. Además, eran relativamente poco costosos cuando se los comparaba con productos similares de otras partes de Europa, porque las fábricas de Pas de Calais pudieron simplificar sus métodos de producción. En vez del proceso tradicional en dos etapas, la producción del bizcocho y luego del esmalte, aplicaban un barniz blanco que contenía óxido de estaño directamente a los azulejos, agregándoles elementos decorativos empleando pigmentos a base de óxidos metálicos (cobalto para el azul, manganeso para el violeta, antimonio para el amarillo). Este proceso de cocción

En Catamarca, en el noroeste de Argentina, el campanario de la catedral, página de enfrente, y la cúpula de la iglesia de San Isidro, páginas anteriores, exhiben una espléndida variedad de azulejos franceses



A diferencia de los azulejos fabricados a máquina de la era moderna, pocos de los productos del siglo pasado eran absolutamente iguales



Los primeros azulejos de Pas de Calais se caracterizaban por los diseños sencillos, foto superior; pero con el tiempo, estos motivos fueron reemplazados por intrincados o abstractos diseños como los que se ven en este campanil de un seminario de Catamarca, arriba, y en la entrada de la iglesia de San Isidro, en Montevideo, página de enfrente arriba. La Casa del Azulejo, en Montevideo, página de enfrente abajo, es un fiel testimonio del impacto de esta tradición en la arquitectura rioplatense

en una sola etapa reducía el costo de combustible, además del tiempo y la mano de obra que se requerían para cargar y descargar los hornos».

Los orígenes de los azulejos de Pas de Calais se remontan a los famosos azulejos

blancos y azules de Delft, en la Holanda del siglo XVII, que a su vez emulaban los colores de las porcelanas importadas de la China. En el siglo XVIII y principios del siglo XIX, los competidores ingleses, daneses, alemanes y franceses imitaron estos populares azulejos, que en muchos casos tenían forma octogonal o redondeada con escenas bucólicas pintadas. Pero a mediados del siglo XIX, para ahorrar mano de obra, las fábricas del norte de Francia comenzaron a emplear plantillas de madera, zinc, plomo o bronce del mismo tamaño de los azulejos, que cubrían las zonas que debían permanecer blancas. Algunas veces los artesanos creaban sus diseños espolvoreando los óxidos coloreados sobre las aberturas de las plantillas y en otros utilizando pinceles o esponjas para aplicar los pigmentos suspendidos en el agua.

Las plantillas requerían diseños simplificados, de manera que un paisaje que hubiera requerido un meticuloso detalle en los azulejos de Delft se redujo a sus elementos más básicos: un puente y un molino junto a un río, un castillo solitario o un niño empujando un aro. La exacta representación holandesa de soldados y campesinos o molinos de viento y edificios de sus contrapartes francesas se transformó en diseños casi abstractos. Estos primitivos azulejos de exportación, eficientemente producidos y por consiguiente accesibles a la clase media, tenían no obstante una encantadora simplicidad y actualmente, más de un siglo después, son bastante valiosos. Con el tiempo, los elementos pictóricos desaparecieron completamente, dejando su lugar a intrincados diseños parecidos a telas impresas, copos de nieve y abstracciones geométricas. Casi siempre eran azules y blancos, aunque a veces se agregaban elementos púrpura y amarillos.

A diferencia de los azulejos fabricados a máquina de la era moderna, pocos de los productos del siglo pasado eran absolutamente iguales. El registro impreciso de las plantillas, las variaciones en la formulación o la aplicación de los pigmentos y el derrame de colores en el vidriado contribuían a las irregularidades que hoy atraen la vista.

El interés de Artucio por los azulejos «comenzó en 1968 cuando un grupo de trabajadores estaba demoliendo una residencia colonial en la calle Reconquista de Montevideo», recuerda Artucio. «Allí compré un antiguo azulejo catalán y dos franceses. Poco después adquirí quizá cincuenta o sesenta diferentes tipos en el depósito de la empresa de demoliciones... Había estudiado arquitectura y practicaba mi profesión, de manera que por supuesto estas cosas me interesaban. También comencé a utilizar antiguos azulejos en mis propios edificios. Estaban demoliéndose casas antiguas, y en los depósitos de chatarra había cajas de azulejos usados que nadie quería y que podían comprarse por muy poco dinero, así que en poco tiempo logré reunir más de mil azulejos».

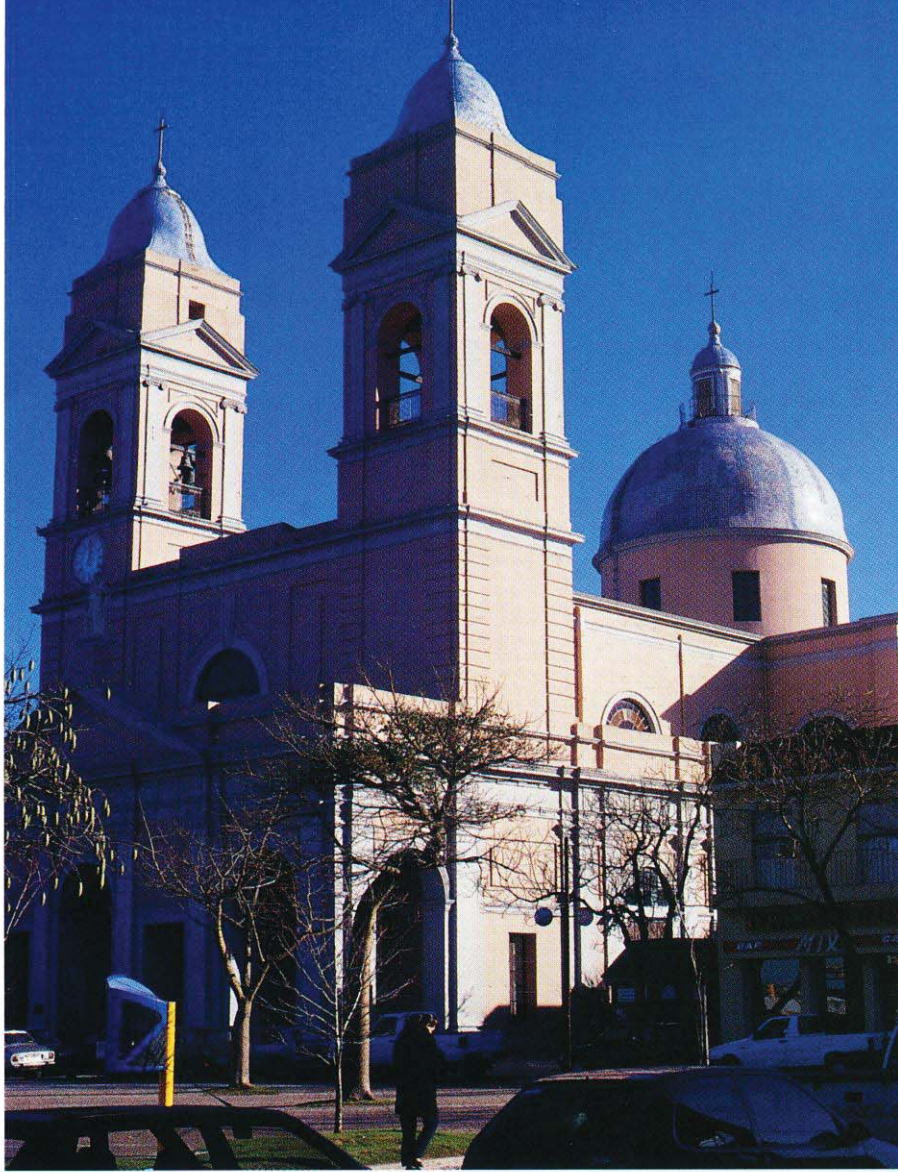
A medida que Artucio comenzó a descubrir las casi innumerables variaciones de azulejos, su búsqueda se tornó más sistemática. «Durante los años setenta y ochenta —tiempos muy difíciles aquí en el Uruguay— me pasaba los fines de semana yendo casa por casa en los barrios en los

que había muchos azulejos. Era un régimen que a veces compartía con otros coleccionistas. En esa época la actividad delictiva todavía era rara, y las personas dejaban las puertas abiertas, de manera que desde la calle podía inventariar los diferentes estilos en los vestíbulos, las escaleras y los patios de las antiguas residencias. Algunos edificios estaban tan dilapidados que los azulejos simplemente se salían de las paredes. Muchos de ellos eran propiedades alquiladas muy mal mantenidas ocupadas por inquilinos empobrecidos que no apreciaban los azulejos. Algunas veces los propietarios pintaban los azulejos o echaban abajo paredes para remodelar las casas, y en ese proceso se perdieron muchos hermosos azulejos. «Por unos pocos pesos o una botella de vino barato», dice Artucio, «pude obtener diseños que faltaban en mi colección. Recuerdo una casa aquí en la capital, situada en la esquina de las calles Rondeau y Uruguay. El patio interior estaba bordeado casi enteramente de raros azulejos figurativos. Mi oferta de compra fue rechazada, pero tres años después la casa fue destruida por un incendio y pude recobrar muchos de esos azulejos en un depósito de demoliciones».

En 1980 Artucio realizó el primero de varios viajes al norte de Francia, para visitar las fábricas de los azulejos. Determinó que la mayor parte de los azulejos exportados al Río de la Plata provenían de Desvres, aunque algunos eran producidos en Beauvais y en Aubagne y Marsella en el sur del país. Desvres tiene grandes depósitos de arcilla, bosques cercanos utilizados como fuente de leña para los hornos y quizá lo que es más importante, una ubicación geográfica cercana a los puertos de Boulogne-sur-Mer y Calais. También había trabajadores conocedores de la tradición de fabricar azulejos, especialmente artesanos provenientes de Lille, que durante siglos ha sido un centro de fabricación de artículos de cerámica.

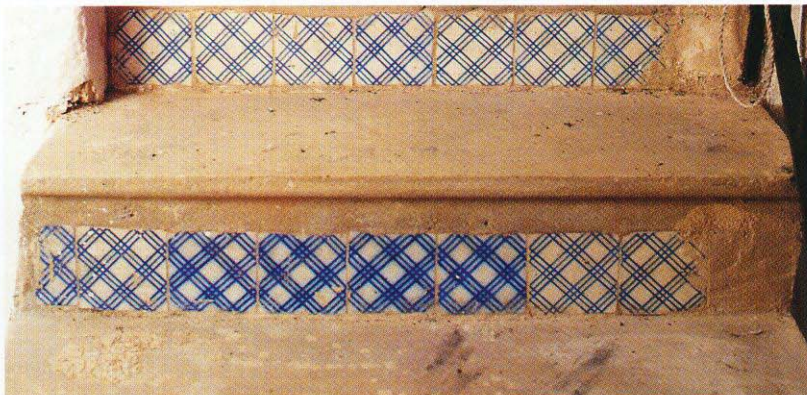
A principios del siglo XIX, la mayor parte de los talleres de Desvres funcionaban como pequeñas empresas familiares que producían modestas cantidades de azulejos para consumo interno, pero en la década de 1840, ante la demanda externa, las fábricas se expandieron rápidamente y se mantuvieron en plena producción hasta fines del siglo. Los archivos que han quedado indican que en la época de auge de esta actividad se enviaron embarques de 50.000 a 100.000 azulejos a diversos proveedores de Montevideo y Buenos Aires. Pero cuando a fines del siglo la moda cambió en favor del





En la ciudad de Maldonado, página de enfrente abajo, abundan los azulejos de Pas de Calais, que decoran la iglesia, izquierda, y adornan hasta los escalones que llevan al campanario, abajo

En Uruguay subsiste un mayor número de azulejos franceses porque hubo una mayor importación y los edificios modernos han reemplazado un menor número de edificaciones antiguas



art nouveau de Inglaterra, Bélgica y otras partes de Francia, las fábricas de Pas de Calais no se ajustaron rápidamente al cambio y perdieron parte del mercado. Muchas cerraron, y las que sobrevivieron lo hicieron con una producción muy reducida. En la actualidad, sólo subsiste una fábrica, la de Fourmaintraux-Delassue, en Desvres.

«En varios archivos de la empresa pude examinar los registros de producción de la última parte del siglo XIX», explica Artucio. «Argelia, que hacía poco era una colonia francesa, era el primer cliente, y Uruguay era el segundo, seguido de Argentina y Brasil. Los descendientes de los propietarios de la empresa me mostraron catálogos originales y libros de diseños de los cuales los clientes podían hacer sus pedidos de azulejos corrientes (de once centímetros por once), grandes (de quince por quince) y distintos bordes.

«He llegado a la conclusión de que un determinado motivo no constituye una base confiable para establecer la fecha de los azulejos, porque muchos diseños se produjeron durante un largo período utilizando plantillas similares. Un mejor elemento para determinar la fecha es el sello de fábrica, que a veces, aunque no siempre, se imprimía en la parte trasera del azulejo. En el museo y en mis libros he incluido los sellos generalmente ovalados o circulares de las distintas fábricas, por ejemplo Fourmaintraux-Courquin, Félix Vincent Fils y Level-Minet. En Pas de Calais encontré ejemplos de azulejos que nunca se exportaron a nuestros países, algunos de los cuales se exhiben en el museo. Irónicamente, en su región de origen subsisten relativamente pocos de los azulejos de Pas de Calais. Pero excepto por un pequeño museo recientemente inaugurado en Desvres —cuyo techo se asemeja a dos enormes azulejos en ángulo— los estudiosos o los coleccionistas seriamente interesados en estos azulejos franceses deben visitar Uruguay o Argentina».

Pero el interés en reproducir los azulejos en el Uruguay parece haberse limitado a un único y breve intento. «Un hombre de negocios llamado Francisco Aguilar», dice Artucio, «que en el siglo XIX emigró de las islas Canarias para establecer plantaciones de tabaco, pinos para madera y viñedos en el Uruguay, también abrió una fábrica de azulejos en Maldonado en 1848. Empleó artesanos de ascendencia española, pero los azulejos eran de inferior calidad, especialmente el vidriado, y la empresa sólo subsistió dos años».

En el primer piso del Museo del Azulejo, en un gabinete se muestra más de una docena de diferentes azulejos nacionales de los hornos de Aguilar. Se parecen en su tamaño (veinte centímetros por veinte), color y diseño a los azulejos de Cataluña y Valencia, que Aguilar también importaba.

«Por supuesto, no debemos olvidar que las jóvenes repúblicas eran financieramente pobres», explica Artucio, «en tal medida que en los primeros años del siglo XIX, con frecuencia no podían importar azulejos». En su publicación de 1949, titulada «El azulejo en el río de la Plata», Vicente Nadal Mora cita una descripción contemporánea de una antigua iglesia de Maldonado, decorada con trozos de loza: «Para adornar la torre de la iglesia de San Carlos... se empleó toda la loza que sirvió para los comensales reunidos de mantel largo el día de la inauguración». En la misma publicación, Nadal Mora menciona que incluso en 1825 las torres y las cúpulas de la catedral de Montevideo estaban incrustadas con fragmentos de cerámica inglesa.

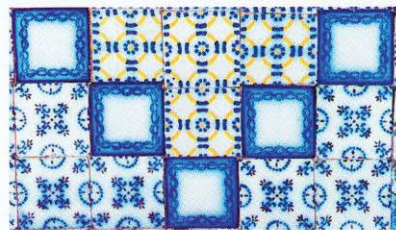
En el piso superior del museo se muestran trozos de azulejos de Pas de Calais, y azulejos enteros con los bordes redondeados. «Proviene de dos buques que encajaron y se hundieron frente a la Punta José Ignacio y el Balneario Solís, cerca de Punta del Este», dice Artucio. «Hasta ahora continúan apareciendo azulejos, especialmente después de grandes tormentas. Como un vagabundo, solía recogerlos, pero ahora que los azulejos han adquirido valor, los pescadores de la zona los recogen y los venden a los negocios de antigüedades. Siempre son los mismos diseños, porque los embarques tenían muy poca variedad».

En la Argentina, las nuevas construcciones han hecho desaparecer muchos edificios antiguos que estaban adornados de azulejos franceses, pero algunas iglesias —como Montserrat, La Concepción y San Miguel— han conservado intactas sus cúpulas de azulejos azules y blancos. En el interior del país también pueden encontrarse edificios adornados de azulejos de Pas de Calais, incluso en las alejadas provincias norteañas de Salta y Catamarca. En esta última ciudad la cúpula de la catedral luce un espectacular conjunto de azulejos de Desvres, y la fachada y las cúpulas de la iglesia de San Isidro contienen abundantes diseños diferentes.

En el Uruguay subsiste un mayor número de azulejos franceses porque hubo una mayor importación y los edificios modernos han reemplazado un menor número de edificaciones antiguas. En casi todas las comunidades pueden hallarse azulejos de Pas de Calais, pero la mayoría sobrevive en la capital o en las localidades costeras como Maldonado, San Carlos, Solís, Rocha, Santa Lucía y San José y en la cúpula de la catedral de Montevideo y las iglesias de San José, San Carlos, Florida y Maldonado.

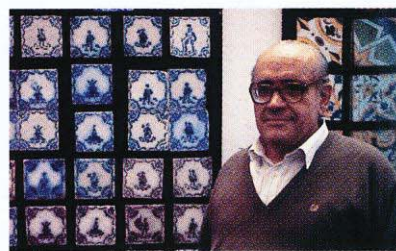
Si quisiéramos seguir los pasos de Artucio, y de otros interesados en estas joyas arquitectónicas, podríamos caminar por las callejuelas poco transitadas del centro de Montevideo, a ambos lados de la Avenida 18 de Julio. Allí, en las calles Yaguarón, Carlos Roxlo, Mercedes, Cerrito, Canelones, Ituzaingó y Buenos Aires se pueden apreciar a través de las puertas abiertas frisos, revestimientos, escalones, marcos de puertas y ventanas

Tras los azulejos



El Museo del Azulejo, situado en la calle Luis B. Cavia 3080, en Pocitos, está abierto al público de martes a domingos y la entrada es gratuita. Una colección algo más pequeña de azulejos de Pas de Calais (alrededor de cuatrocientos donados por Artucio y unos cien donados por el anticuario Daniel Viñoly) se exhibe en el Arboetum de Punta Ballena en el Departamento de Maldonado. En un pequeño museo de Colonia del Sacramento también puede verse otra limitada selección, constituida por varias docenas donadas por Jorge Páez Vilaró.

Las dos publicaciones definitivas de Artucio constituyen otra fuente para estudiar los azulejos. Ambos libros contienen reproducciones en colores de muchos azulejos y fotografías de los edificios del período. *El azulejo en la arquitectura del río de la Plata* (1996) y el *Catálogo de azulejos franceses del siglo XIX hallados en Uruguay, Argentina y Brasil* (1998), pueden adquirirse directamente en el Museo del Azulejo de Montevideo.



Durante toda su carrera profesional, el arquitecto Alejandro Artucio Urioste, arriba, ha investigado el origen y destino de numerosas variedades de azulejos encontrados en el Cono Sur, contribuyendo al conocimiento público de esta rica tradición

y diseños decorativos en las paredes, las estufas y las mesadas. El paseo continuaría subiendo por Avenida del Libertador hasta la calle La Paz, donde se encuentra la Casa del Azulejo, cuya fachada constituye el mejor recuerdo de una inesperada conexión francesa en las costas del Río de la Plata, que perdura desde hace más de un siglo. ■

